

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

MALES Y REMEDIOS DE LA ÉPOCA.

III.

LOS VÍNCULOS RELAJADOS.

La autoridad no obra tan solo políticamente sobre las naciones, ni se manifiesta tan solo por medio de la accion de los gobiernos, sino que circulando por las venas del cuerpo social, irradiándose en multitud de fibras, comunicándose hasta las últimas estremidades, constituye á un tiempo el fuerte vínculo y el activo motor de sus miembros innumerables. Por una gradacion ordenada va bajando del estado á la ciudad, de la ciudad á la familia, de la familia al individuo; y regulando de un modo mas directo las distintas facultades de este, toma diferentes conceptos y nombres segun el órden á que se aplica; en el intelectual se llama *fe*, en el moral *deber*. De esta suerte las leyes y las costumbres, como dimanadas de una fuente misma, tienen entre sí recíproca influencia y análogas vicisitudes; aquellas espresan la accion política, estas la accion social; aquellas el movimiento del centro á la circunferencia, estas el de la circunferencia hácia el centro.

Las leyes sin embargo no forman mas que el tejido y la armazon de estos nervios y fibras por donde se distribuye y ramifica el flúido vital; dirigen la fuerza y facilitan el movimiento, pero no alcanzan á infundirle una centella mas de vida. Pueden montarse

costosas y sutiles máquinas gubernativas, puede centralizarse magníficamente la administracion, sin que en ello gane cosa alguna la organizacion de la sociedad y sin que se estrechen los lazos de cohesion que traban sus distintas partes. Y esto cabalmente es lo que sucede á nuestros ojos: al paso que va obrándose la unidad geográfica sobre el suelo, disminuye la unidad moral en los espíritus; al paso que se van reglamentando las dependencias y oficinas, van disolviéndose las clases del estado. El espíritu de provincia, de clase, de corporacion, todos esos centros particulares de fuerza, que si embarazaban alguna vez la accion de los gobiernos, muy á menudo la auxiliaban y suplían, destruidos ahora con suspicaz empeño, han ido á absorberse en un centro general, buscándose la uniformidad en la inercia; y como si las naciones hubieran de amasarse, se ha procurado desmenuzarlas primero hasta reducirlas á polvo. Así pues no existen pueblos sino masas descompuestas en elementos y no en grupos; y de la nacion al individuo apenas subsiste unidad intermedia. Fuera del gobierno no hay mas que el individualismo.

Á la atraccion del sentimiento ejercida entre los cristianos por la fe y entre los antiguos por el culto de la patria, se ha intentado sustituir los vínculos del interés, demostrando la necesidad recíproca que concentra los esfuerzos comunes é impone á su vez deberes. Pero así como el sentimiento une, el interés

aisla y divide; á los grandes focos creados por aquel cada uno trae su centella de amor, á las asociaciones formadas por este vienen todos con su contingente de suspicacia y egoísmo. Allí preside el sacrificio, aquí la especulación; y siempre que una pasión más violenta ó un interés más directo é inmediato se superponen á sus combinaciones regulares, ábrense camino cual río desbordado sembrando en pos de sí el estrago y la ruina. La mútua dependencia que las clases reconocen entre sí, las alarma ó las humilla en vez de contribuir á estrecharlas; y perdiendo la idea de otras relaciones que las de provecho; sólo tienden á inventar recursos que les aseguren más copiosa y tranquila explotación de las demás. Trocada la naturaleza de los vínculos sociales con el exclusivo predominio de la riqueza y marcada con un sello de oprobio la indigencia, límanse sordamente como infamantes cadenas los lazos que fueron de respeto y gratitud. Sueñan todos en la independencia, no de ánimo, sino de fortuna, independencia cuyo último y general resultado, si posible fuera, produciría el aniquilamiento de la sociedad; y absorbidas todas las diferencias y matices de esta en dos grandes clasificaciones, de pobres y de ricos, que hostilmente se observan á manera de campamentos, crúzanse los deseos y los temores, las inquietudes y las amenazas.

No de otra suerte deja sentirse en el hogar doméstico la extinción de la suave llama que reunía en torno de él á los miembros de la familia y fundía sus voluntades en una sola. Insensatas teorías han atacado y puesto en duda la autoridad paterna y conyugal, harto debilitadas ya por el espíritu de revolución y por la licencia de costumbres; y háblase de la emancipación de los hijos y de las mujeres como de un progreso análogo á la abolición de la esclavitud. El ejemplo empieza por las clases superiores, por las más cultas y populosas capitales, donde se relega á los tiempos *patriarcales* la institución de la familia, y el goce de sus dulzuras aparece como fenómeno de una sensibilidad excepcional. Y al paso que los hijos reclaman sus derechos, los padres abdicán como una carga sus más preciosos

deberes; ya no siempre los infantes toman su primer sustento del seno maternal, ya no se educan bajo el techo paterno y no reciben sino la enseñanza impuesta por el estado ó confiada á manos mercenarias, ya no heredan cuando hombres la profesión y la casa de sus abuelos: la ambición siempre inquieta, la avidez esencialmente cosmopolita, los dispersan por todas las carreras y países en un incesante flujo y reflujo de condiciones. Sin espíritu de familia, sin tradiciones, sin costumbres, sin estados y profesiones hereditarias, nada se trasmite, nada se eslabona en la sucesión de los tiempos, así como nada liga á los contemporáneos sin el espíritu de fe, de nación y de clase: diríase que á cada generación se funde la sociedad en un molde nuevo, pasando por todos los dolores y peligros de transformación semejante.

Consideremos ya al individuo en sus diversas facultades y condiciones; y á medida que las observaciones van concretándose, aparecerá mayor y más acerbo el cúmulo de males que nos abrumba. Hojead esos volúmenes sin cuento lanzados por las prensas cada día, en que todo se disputa en religión, todo se subvierte en política, todo se mutila en historia, todo se corrompe en literatura, esos sistemas de filosofía escépticos en que el alma á falta de otro pábulo se devora á sí misma, esas aspiraciones de metafísica vaporosa que se disuelven en el espacio unidas á los más brutales instintos del materialismo que se arrastra por el cieno, esta animación ficticia y calenturienta de la fantasía, esos pánicos temores y crédulas esperanzas, esas amarguísimas quejas y delirantes utopías; disolved todo esto en la inteligencia, y obtendréis el caos. El espíritu, desasido de las creencias y sin bastante contrapeso en sí propio, gira á merced de todo viento en un vértigo desolador; las doctrinas se empujan unas á otras, las opiniones se fraccionan por cabezas y se suceden por días, los ánimos se insubordinan contra todo magisterio; el olvido ó el descrédito recogen indiferentemente en un osario común todo lo que va naciendo, talento ó medianía, error ó verdad. Las flores se agostan en una mañana;

los nombres se gastan en su primer estreno, la gloria se desliza por cima de mil frentes sin fijar su auréola en ninguna. De tanto brillo no resulta sino una comun oscuridad, de tanta ciencia una comun ignorancia.

Y retraída el alma de las regiones intelectuales, ¿encuentra por ventura en la vida activa y real una esfera mas desembarazada? Hechas accesibles á toda ambicion la fortuna y el poder, aumentan en formidable proporcion las avenidas de concurrentes; y cuanto mas fácil es el logro, es la posesion mas efímera y disputada. El ejemplo seduce, el amor propio hostiga, y todos marchan en tropel avanzando, avanzando siempre, como si todos cupieran en la cumbre, ó si hubiera superioridad posible donde existe igualdad de elevacion. Los honores han perdido su esplendor, las recompensas su sentido, su dignidad los mas elevados puestos; no hay mérito, no hay grandeza que no parezca problemática, ni azar ó capricho de la suerte que no se dé por justificado. Y esa confusion revuelta de condiciones y cualidades, ese rápido círculo de encumbramientos y caidas, esa insaciabilidad de deseos, ese torbellino de ambiciones, esa instabilidad de todas las cosas, así como forma el mayor peligro de la sociedad, es también la mayor dolencia del individuo. Si en algo ha mejorado su bienestar material, la misma holganza le deja sentir sufrimientos y ansiedades que sus antepasados no conocian; sus necesidades satisfechas despiertan nuevas necesidades en su alma: al refinamiento de las costumbres ha seguido el refinamiento del dolor. Y cuando se refugia á la vida del corazon, allí es donde encuentra el vacío mas deplorable; y si un profundo sentimiento ha echado raíces en él, si brota una flor pura del lodo de la materia, sus exhalaciones pasajeras van á perderse en el sepulcro; porque los afectos solo se fecundizan con el calor divino de la fe, porque amar sin creer es un presente bien doloroso.

Á observaciones generales nos limitamos por lo vasto de la materia; los síntomas son diversos y complicados en toda la escala social, pero todos comprueban un hecho mis-

mo, todos proceden de una general dolencia, orgánica y disolvente, que obra sobre el conjunto sin concretarse á ninguno de los miembros: y este es el carácter mas alarmante que lleva el mal de este siglo respecto del de los otros anteriores. Existe pues lesion en un principio, en un sentimiento universal, y de su restablecimiento tan solo depende la salvacion de la sociedad.

J. M. Q.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO XVII.

SOBRE LA MODESTIA Y LA HUMILDAD.

«La modestia es la prenda mas estimable del hombre superior, la cual no excluye un legitimo orgullo que le defiende de sus propias debilidades, y le sirve de consuelo en la adversidad: el casuista la ha sustituido con la humildad, que se enlaza con el desprecio mas insultante hacia los demás.» Pág. 420, 421.

No defenderé aquí á los casuistas de la nota de haber sustituido á la modestia, y por decirlo así inventado, la humildad: está prescrita esta de un modo tan terminante en las Escrituras, que supongo que la frase que parece presentar este sentido tendrá algun otro que no he sabido penetrar.

Me detendré por el contrario en discurrir sobre la naturaleza de estas dos virtudes, para demostrar que la modestia sin humildad ó no existe ó no es virtud; que el que elogia la modestia, ó profiere una palabra sin sentido, ó rinde homenaje á la verdad de la doctrina católica, porque los actos y sentimientos que se entienden con el nombre de modestia solo se fundan en la humildad tal como aquella doctrina la propone.

Aquí es necesario remontarnos á un principio general de la moral religiosa: todo sentimiento prescrito por esta se funda en la verdad absoluta de una idea. Creo que no hay necesidad de justificar este principio, pues es tan conforme con la razon que basta enunciarlo. Haciendo de él ahora aplicacion á la modestia veremos que para que esta sea virtud debe reunir dos condiciones; ser la expresion de un sentimiento real y no fingido, y de un sentimiento que se funde en la verdad; ser sincera y razonable.

Qué es la modestia? Creo que no es fácil el decirlo: por definir se entiende comunmente especificar el sentido único y constante que atribuyen los hombres á una palabra; y si varían los hombres en la aplicacion de una palabra, ¿cómo es posible expresar en la definicion un sentido único que no existe en las ideas? Es célebre la observacion de Locke de que la mayor parte de las disputas filosóficas ha dimanado de la significacion diferente atribuida á las mismas palabras: *pocos, dice, son los nombres de ideas complexas que usen dos personas para significar precisamente el mismo conjunto de ideas* (1). Esta diversidad, ó por mejor decir latitud de significado, se encuentra con mas especialidad en los nombres consagrados á expresar disposiciones morales.

Es cierto, no obstante, que los hombres se entienden entre sí, ya que no con precision aproximadamente al menos, cuando usan ú oyen alguna de estas palabras; pues no podrian disputar si no se entendieran mas ó menos, si no diesen en parte el mismo significado á la palabra en cuestion: lo cual ha hecho decir á alguno que no hay disputas de meras palabras, sino que todas son de ideas. Esto se explica en mi concepto, observando que en cada uno de estos nombres de ideas morales hay una idea predominante y generalísima que todos en ella reconocen, aunque en la aplicacion sufra modificaciones indefinidas segun la diversidad de los entendimientos; idea que siempre reaparece, y que rige por decirlo así el conjunto de ideas á las cuales quiere aplicarse aquel nombre. En los sentimientos, en los pensamientos, en las acciones, en el semblante á que se aplica la palabra modestia, paréceme que la idea predominante es la confesion de una mayor ó menor distancia de la perfeccion. Creo que esta definicion es la mas propia para abrazar todos los casos posibles de aplicarla; y parto de ella para llegar á otra no menos general y mas fundada. Porque pienso yo que tocante á estas materias hay dos géneros de definiciones: unas que abstraen y expresan aquella idea predominante de que hemos hablado, y podrian llamarse definiciones históricas; y otras que dan la razon de esta idea, y reduciéndola á nociones precisas y aplicables con seguridad y fundamento, vienen á circunscribir y por decirlo así á imponer el sentido que se debe atribuir á aquella palabra si se quiere expresar una idea exacta; y estas podrian llamarse definiciones racionales. Esta distincion aparecerá mas clara en

(1) Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Lib. III, cap. x. Del abuso de las palabras. § 22.

la aplicacion que haremos de ella á la definicion de la modestia, pues conceptuo que es posible dar de ella una precisa del segundo género.

Si se admite por ahora la primera, yo pregunto: el hombre á quien se alaba de modesto porque demuestra un sentimiento de la propia imperfeccion, ó está persuadido, ó no lo está; si no lo está, dista tanto la suya de ser virtud que mas bien es vicio, ficcion, hipocresía. Si lo está, ó acierta ó se equivoca; en este segundo caso es ignorancia, engaño, y no es virtud un sentimiento que un exámen mas juicioso, un conocimiento mayor de la verdad, un aumento de luces nos hará abandonar: de otra manera deberia decirse que hay virtudes opuestas á la verdad, en otros términos que á veces la virtud es una químera. Por consiguiente si cuando se elogia la modestia de uno, no se quiere decir que este hombre sea un impostor ó un insensato, será necesario decir que la modestia supone el conocimiento de sí mismo, y que el hombre debe siempre hallar en el conocimiento de sí mismo la razon de ser modesto. He dicho *siempre*, porque de otra manera habria casos en que pudiera el hombre tener racionalmente el sentimiento opuesto á esta virtud; antes bien á medida que uno adelantase en las virtudes deberia disminuir su modestia, pues es cierto que se habria acercado á la perfeccion, y de este modo la mejora del alma conduciria lógicamente á la pérdida de una virtud, lo cual es absurdo. Esta razon perpétua y sin excepcion de modestia se encuentra en la doble idea que la revelacion nos ha dado de nosotros mismos y en la cual se funda el precepto de la humildad, que no es mas que un conocimiento de sí mismo; y consiste esta idea en que el hombre es corrompido é inclinado al mal, y que todo lo bueno que hay en él es un don de Dios: de modo que cada uno puede y debe siempre decirse á sí mismo: *¿Qué tienes tú, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido* (1)?

Solo por esta última razon ha podido Jesucristo, aunque perfecto, antes bien precisamente por ello, ser soberanamente humilde; porque conociéndose en excelente grado á sí mismo, y no siendo accesible á ninguna de las pasiones que inducen en error al hombre que se juzga, ha visto Él en excelente grado que las infinitas perfecciones que tenia en su naturaleza humana eran dones.

(1) *Quis enim te discernit? Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* 1 Corinth. IV, 7.

Y por lo que mira á todos los hombres se dará una idea clara y razonada de la modestia definiéndola: la expresion de la humildad, el semblante de un hombre que siente que está sujeto al error y al extravío, y que todas sus buenas cualidades son dones que puede perder por su flaqueza y corrupcion. Si no se supone en ella esta idea, la modestia es una faluidad ó una farsa; si se la supone, es virtud y razon: con esta se explica la uniformidad de sentimiento de los hombres á favor de aquella, y este sentimiento pasa á ser un racionio.

No elogiamos únicamente al hombre modesto porque humillándose y haciéndose á un lado nos deja un poco de espacio para elevarnos y ponernos de manifiesto; no lo elogiamos solo como á un competidor que se retira. De seguro que el interés de nuestras pasiones tiene una parte que nosotros mismos no siempre sabemos discernir en nuestras aprobaciones ó censuras; pero examinándose halla cualquiera en sí mismo una inclinacion á aprobarlo, independiente de este interés y fundada en la belleza de lo que merece su aprobacion. Podria demostrarse con ejemplos la realidad de esta inclinacion; pero todos la sentimos, es un hecho.

No elogiamos la modestia solo como una cualidad rara y difícil: hay hábitos perversos que pocos hombres tienen y que es necesario hacerse mucha violencia para llegar á contraerlos; y nadie los aprueba.

No elogiamos tampoco la modestia únicamente porque reuna estos dos caracteres de utilidad y dificultad. El *Viejo de la montaña* sacaba un provecho de la credulidad y abnegacion del que á una señal suya se lanzaba en el precipicio, y debia reconocer un esfuerzo difícil en esta obediencia; y sin embargo no podia sentir estimacion hácia este hombre, á quien nadie conocia mejor que él como un miserable juguete de su impostura.

Aprobamos y elogiamos al hombre modesto, porque á pesar de la violenta inclinacion que todos sienten á estimarse con exceso, ha conseguido formar un juicio imparcial y verdadero de sí mismo; porque ha llegado á constituirse en el deber de rendir á la verdad este penoso y difícil testimonio. En suma, la modestia agrada como utilidad, como dificultad, y como verdad. Examínense todas las ideas razonables relativas á la modestia, todas vendrán á enlazarse con esta.

La modestia es la prenda mas estimable del hombre superior: obsérvase comunmente que esta crece en proporcion de la superioridad; y esto se explica perfectamente con las ideas de la religion. La superioridad no es mas que un gran adelantamiento en

el conocimiento y en el amor á la verdad: el primero hace al hombre humilde, y el segundo le hace modesto.

Un hombre teme las alabanzas y las evita: las alabanzas son agradables, y parece que no hay injusticia en buscar las ocasiones de obtenerlas espontáneas; y sin embargo su actitud logra la aprobacion de cuantos aprecian la virtud. Acontece esto porque su actitud es racional. El hombre modesto siente que los elogios no le recuerdan sino una parte de sí mismo, aquella cabalmente que está ya mas inclinado á considerar y engrandecer, cuando para concerse necesita considerarse todo entero; siente que las alabanzas le inducen fácilmente á atribuirse lo que es don de Dios, á suponer en sí mismo una excelencia suya propia, á un error; por esto las evita, por esto oculta sus bellas acciones, por esto conserva sus mas nobles sentimientos en la custodia de su corazon: conoce que todo lo que le induce á ostentarlas es un deseo de soberbia, de ser distinguido, observado, apreciado, no tal como es, sino lo mejor posible.

Pero si la verdad y la caridad lo exigen, entonces deja que se manifieste el bien que hay en él, y se rinde testimonio cuando puede estar seguro de que no se engaña á sí ni á los demás: es de ello un espléndido dechado la conducta de S. Pablo cuando la utilidad de su ministerio le obliga á revelar á los Corintios los dones soberanos de Dios. Obligado á hablar de lo que puede exaltarle á los ojos de los otros, restituye á Dios toda la gloria, confesando espontáneamente las miserias mas humillantes en un apóstol, en quien la dignidad de la mision parece excluir la idea no ya de la caida sino de la tentacion. En el alma sublimada á la inteligencia de *palabras secretas que al hombre no le es lícito proferir* (1), ¿quién habia de suponer viva todavía la guerra de las inclinaciones de los sentidos? Él mismo habla de ella, y desciende de las puras y altas visiones del tercer cielo para mostrarse en la arena de las luchas de la carne: obligado á revelar el secreto de su espíritu, lo revela por entero para ser del todo conocido (2).

(1) *Quoniam raptus est in Paradisum: et audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui.* II Corinth. XII, 4.

(2) *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ, angelus Satanæ, qui me colaphizet.* Ibid. 7.



CIRCULAR DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS

DE BARCELONA.

Al frente de un opúsculo, que contiene los estatutos de esta escogida y fervorosa sociedad, se ha publicado la circular de su digno presidente y querido amigo y colaborador nuestro D. José Coll y Vehí, que reproducimos con placer por ser la expresión acrisolada de nuestras ideas y sentimientos.

«Muy señor mío y estimado consocio: La junta de la Asociación de católicos, al disponer la impresión de la lista de los señores asociados, no solamente se propone fomentar nuestro mútuo conocimiento y estrechar la intimidad de nuestras relaciones, sino también, y muy principalmente, facilitar á todos un medio de dar á conocer las condiciones de esta naciente sociedad, de las cuales muchos se darán por mejor enterados viendo los nombres de los asociados, que pasando la vista por los artículos de los estatutos.

El espíritu de propaganda que nos animó en los primeros momentos, de ninguna manera debe cesar de estimularnos en lo sucesivo. Todo lo que no sea adelantar equivaldría ahora á perder, y á perder muchísimo. Las asociaciones católicas nacen como por un querer del cielo en todas las regiones del globo; y por más que nos cause rubor el consignarlo, de todas las naciones de Europa, España es la que más reacia se manifiesta, y de todas las ciudades de España la más indiferente es Barcelona. Esta circunstancia es cierto que abultará á nuestros ojos las dificultades de la empresa que, implorando la protección del cielo y de nuestro glorioso Patriarca, acometimos; pero en cambio encierra la prueba más concluyente de la necesidad que hubo de acometerla, así como de la obligación imperiosa que tenemos de no desmayar ni cesar un solo punto.

Conviene inculcar mucho la idea de que nuestra asociación es completamente ajena á todo fin político, dado el sentido corriente y torcido de esta palabra. No rechazamos á ningún partidario de esta ó aquella forma de gobierno; pero á nadie admitimos, sean cuales fueren sus opiniones políticas, como desoiga en un ápice la voz de la Iglesia, ya poniendo en tela de juicio la infalibilidad del padre santo, ya la necesidad y justicia del poder temporal de que tan inicua fué despojado. Todos los principios fundamentales de nuestra política están contenidos en las decisiones de los concilios, en las encíclicas y especialmente en el *Syllabus*.

No se entienda por eso que prediquemos ni aconsejemos la indiferencia y el retraimiento con respecto á los negocios del estado. Obre en este punto cada cual como mejor le pareciere.

No desconocemos la importancia de las cuestiones políticas que estremecen esa miserable tierra que hollamos; no creemos asunto baladí los problemas sociales que ya llenan de espanto á los más confia-

dos y animosos; no somos espectadores impasibles de las merecidas calamidades con que la ambición y el interés, cubiertos con el manto de la diplomacia ó la política, nos amenazan: muy al contrario, puesto que involuntariamente asomau las lágrimas á nuestros ojos no bien los dirigimos ora á los sepulcros de nuestros padres, ora al modesto hogar que trabajosamente levantamos para nuestros hijos, y allá en lo más profundo del alma sentimos resonar los crujidos de este tan preconizado y cuarteado monumento de civilización, no nacido en verdad al soplo destructor de este siglo del cañón y del petróleo, sino erigido al través de siglos y siglos por la paciencia de los modestos operarios de la Iglesia; monumento que no es fábrica de conquistadores, artistas, comerciantes, filósofos ó legisladores, sino fábrica de papas y santos, asentada sobre los profundos é indestructibles cimientos del evangelio.

Más ya que tanto y tanto se nos acusa á los católicos de mezclar la religión y la política, proclamemos muy alto que en los críticos y angustiosos momentos presentes, á nosotros más que á nadie, importa deslindar bien estas cosas. La verdad es que la guerra movida por la revolución se dirige directamente contra la Iglesia. Hasta ahora la diplomacia y la política habían combatido ocultamente; más de algún tiempo á esta parte, sin duda por estar seguras del triunfo, despreciando el siglo, proclaman sus protervos designios á la faz del universo. Antes era posible permanecer de buena fé en el error: ahora no es posible. Harto claramente se dice que la Iglesia es el grande obstáculo tradicional que es forzoso derribar para que lleguen á consumarse y consolidarse las grandes iniquidades de la diplomacia, de la política, y por último resultado, de la Internacional; y por esto la diplomacia, la política y la Internacional están perfectamente de acuerdo tocante á la necesidad imperiosa de acabar con la Iglesia.

Pues bien, nosotros, que á nuestra salvación y á la salvación de nuestros semejantes debemos posponer todas las cosas terrenales, contestemos á los diplomáticos: «Desgarrad las naciones, reformad los mapas»; contestemos á los políticos: «Devorad la sustancia del pueblo, gozad del poder y del aplauso»; contestemos á los afiliados á la Internacional: «Disipad en un instante los tesoros amontonados con el sudor de cien generaciones»; pero á todos ellos juntos digamos también muy alto: «Podreis, si tan grande castigo merecemos, reducir á cenizas el mundo todo; más ni con la astucia ni con la fuerza, ni con la prensa ni con el petróleo, teneis poder bastante para destruir la obra de Jesucristo, ni para quitarnos á nosotros, débiles pecadores, ni un solo átomo de nuestra fé en Jesucristo.»

Separemos en buen hora la religión de la política; pero unámonos los católicos de todos los ángulos del universo para que en los días, quizás no lejanos, de las grandes lecciones y de las grandes catástrofes, cuando las guerras, las revoluciones y los incendios hayan llevado el orbe de consternación

y ruinas, el escogido pueblo de Israel permanezca firme como una roca en medio de las olas, sustentando en sus hombros el arca del testamento. Dios omnipotente, solo Dios, puede aniquilar en un abrir de ojos el imperio de la iniquidad; mas no echemos en olvido que Dios reclama nuestro corazón y nuestro concurso, y que ha de darnos á todos indistintamente nuestro merecido. Un gran prelado de la Iglesia acaba de decirnos: «Debemos orar; pero no basta orar, es preciso obrar.»

Invitemos á formar parte de nuestra asociación á todos los católicos, á todos sin excepción ninguna; mas no lloremos demasiado la ausencia de aquellos católicos de nombre que necesitan esconderse demasiado de la vista del mundo para dar testimonio de su fé, y mucho menos la de aquellos que, sin fé ninguna, conservan el dictado de católicos por hábito ó por teoría ó por cautela, sintiendo y obrando como sienten y obran los mas encarnizados enemigos del catolicismo.

Apartemos sobre todo de nuestro ánimo el error funestísimo de creer que la religión sea negocio enteramente individual, ó á lo mas negocio casero. Una religión de semejante naturaleza sería en todo caso la religión del egoísmo, no la religión de la caridad.

Lejos estaba yo de imaginarme, que en el instante mismo de coordinar estas breves líneas, había de tener que ver prohijado un error tan grave por periódicos á cuya redacción pertenezco largo tiempo, y quizás por amigos queridos de cuya sinceridad y rectitud tengo muchas y segurísimas prendas. Dicen algunos que no admiten *que haya periódicos, ni casinos católicos, ni jockeys-clubs católicos, porque les repugna que se abuse de una palabra tan respetable, al paso que reconocen la conveniencia de que haya periódicos escritos por católicos, y sobre todo con espíritu verdaderamente católico.*

No debería hacerme cargo de unas palabras, que en honor á la verdad no iban dirigidas á nuestra humildísima é ignorada asociación, si solamente se tratase de una opinión personal, por respetable que ella fuese, aun viniendo apoyada por la autoridad de un periódico de grande influencia; pero la opinión del periódico responde en este punto á la opinión unánime de todos los enemigos del catolicismo, y á la de muchas otras personas tenidas en esta ciudad y con justicia por muy graves y sesudas.

Esto supuesto, siquiera para justificar la existencia de nuestra pequeña asociación, creo que no podemos escusarnos de emplear cuantos medios nos sugiera nuestro celo para desvanecer una preocupación tan deplorable como generalmente estendida.

Todo el clero católico, desde los obispos hasta el último párroco, aplaude y estimula la creación de asociaciones católicas, ó llámense casinos, puesto que sin reparo ni escrúpulo usan de este nombre los fervorosos católicos de Austria é Italia. El padre santo no se contenta con aprobar la creación de esos centros; sino que también recibe con grandes muestras de alegría sus adhesiones y protestas, y declara explícitamente encontrar en ellos uno de sus ma-

yores consuelos, y cimenta en ellos sus mas halagüeñas esperanzas, y les anima, y les felicita, y les envía su paternal bendición.

¿Qué mas prueba de su utilidad y necesidad le hace falta á un verdadero católico? Basta fijarse en la realidad de estos hechos, y entrar en reflexión. Los que formamos parte de estas asociaciones podemos quedar muy tranquilos sobre este particular. Si preocupados estuviésemos, muy disculpable y hasta meritoria debería parecerse una preocupación que al fin y al cabo es la preocupación unánime de la Iglesia. Por consiguiente, en cuanto á los verdaderos católicos, no valen pareceres particulares ni cavilosas ni subterfugios. O tienen que decir que el papa y los obispos andan por mal camino y que desconocen completamente los verdaderos intereses y obligaciones de los católicos, ó no les queda mas remedio que reconocer y confesar la utilidad y necesidad de las asociaciones católicas. Si no gustaya; pero mirarlas de reojo, increparlas, combatir ó no quieren formar parte de ellas, eso es cuenta tirlas, ¿por qué razón? ¿Cómo puede concebirse semejante conducta en un verdadero católico?

Si solamente de católicos se tratase, ni una sola palabra mas tendría que añadir.

Pero como entre los que se lamentan de la existencia de casinos y periódicos católicos, al lado de los católicos creyentes pero frios y que no quieren, hay otros católicos poco inclinados á creer y para quienes no pesan gran cosa los argumentos de autoridad, y como por una singular coincidencia digna de notarse participan de aquella inexplicable animadversión contra los periódicos y asociaciones católicas todos los enemigos del catolicismo sin excepción ninguna, prescindamos por un instante de la opinión de la Iglesia y apelemos sencillamente al común sentido.

Cuando es tan evidente que existen y prosperan casinos, clubs y ateneos donde amigablemente y con grande chacota se departe de lo mas santo y respetable, donde las mesas y bibliotecas están alestadas de libros, periódicos y revistas prohibidos, donde el protestante, el libre-pensador, el escéptico tienen derecho á propalar sus errores, ¿qué razón plausible impide que al lado de esos ateneos, clubs y casinos, se funden otros clubs, ateneos ó casinos donde el católico encuentre solaz y esparcimiento, sin tener que llevarse las manos á los oídos, y sin temor de que ofendan su vista el papel saturado de blasfemias ó la inmunda caricatura del papa?

Será en un católico acción lícita, inofensiva, laudable quizás, el contribuir con su cuota mensual á la difusión de libros y periódicos que no es dado leer sin repugnancia, pagar con su dinero la localidad donde suenan libremente mil despropósitos y blasfemias, atraer allí á la juventud, abrir las puertas al público, autorizar con su presencia, con su nombre científico, con su mismo nombre de católico una propaganda tan esencialmente anti-católica, siquiera sea con el buen propósito de combatirla, ¿y ha de ser un grave crimen ó una grave preocupa-

cion ó una grave imprudencia por lo menos, fundar casinos ó *jockeys-clubs* católicos, en donde, ni aun so capa de civilidad ó tolerancia, sea permitido franquear las puertas al hombre impío, al papel impío, á la risa impía, y á donde los padres católicos pueden enviar á sus hijos sin peligro próximo ni recelo ninguno de que su corazón se corrompa ni su entendimiento se estravie? Ha de poder un católico inscribirse muy tranquilo de conciencia en una sociedad donde se blasfeme de la religión católica, ¿y no ha de poder reunirse con otros católicos, precisamente ahora en los tiempos que corremos, en un casino ó club que lleve el nombre de católico? Enhorabuena que no se manoseen y profanen los nombres santos. ¿Pero dónde, dónde se manosean y profanan y escarnecen y escupen? Cuando el nombre de católico es poco menos que un estigma de estupidez y señal de persecución, ¿qué enorme desacato comete un casino ó un periódico, con decir en alta voz: «Soy católico»? Confieso que no lo entiendo.

No debe arredrarnos en lo mas mínimo esa inesplicable contradicción de personas justamente reputadas por sabias; que en materia de religión acierta á veces el mas ignorante. La sabiduría humana puede convertirse en propio enemigo, de quien no hay que fiarse; puesto que la sabiduría del mundo trae siempre consigo, hasta en los corazones mas humildes, cierto dejo de vanidad. Para nosotros mas debe pesar una leve insinuación del papa que las opiniones de todos los sabios.

Prosigamos con fervor y humildad nuestra obra. No nos contentemos con lamentarnos del despego, indiferencia y obstinación de las personas mas directamente interesadas en el triunfo del catolicismo. Llamemos á todas las puertas, despertemos á los que duermen, hostiguemos á los perezosos, animemos á los pusilánimes, recordemos las promesas del cielo á los desesperanzados, convenzamos á todos de la necesidad, de la obligación imperiosa en que estamos de seguir el movimiento católico de las asociaciones de todos los países del mundo, dirigido por los obispos, aprobado y recomendado por nuestro querido, venerable é infalible pontífice Pío IX.

Así lo espera de V., y encarecidamente se lo ruega su consocio y hermano en Cristo, *José Coll y Vehí*.
Barcelona 1º de noviembre de 1871.»

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LOS FRAILES.

Sobra de candidez ó de malicia arguye el empeño de atribuir carácter político á una asociación en que caben todos los partidos cuyas doctrinas no se hallen en flagrante contradicción con las saludables máximas del catolicismo. Los que de buena fé en tal error hubiesen incurrido habrían podido desengañarse el último domingo escuchando con religiosa atención el discurso del joven presbítero D. Miguel Maura. Versaba precisamente sobre un tema que

acababa de ser objeto de acaloradas discusiones y motivo de extrañas peripecias en las cortes, y en él no se deslizó ni una palabra ambigua, ni una frase encubierta, ni la mas remota alusión á esta casual coincidencia. El orador, tan dueño de sí mismo como si ya las canas hubieran templado el ardor de su sangre juvenil, desempeñó su asunto exactamente de la misma manera que lo habria hecho cinco años atrás: ninguna deducción, ningún rasgo, ninguna idea pidió prestada á la política palpitante para dar un colorido de actualidad á su apología de los institutos religiosos. Los consideró únicamente en su origen, en su historia, en las razones filosóficas de su existencia, que no fueron otras mas que el progreso del cristianismo, las elevadas aspiraciones del corazón humano, la necesidad de un remedio adecuado á los diversos males de que adolecían las sociedades segun los caracteres peculiares de las épocas en que aparecieron. Tentar un imposible seria el querer agrupar en tan poco espacio la multitud de ideas que abarcó al salir de entre las ruinas actuales, y abandonar los derruidos conventos transformados en prisiones ó cuarteles para remontarse á los tiempos en que poblaron los desiertos de la Tebaida tantos ángeles encarnados al par que esqueletos vivientes, y descender de allí á los monges de occidente que fueron el antemural de la barbarie y sembraron los primeros gérmenes de la civilización cristiana. Y si el materialismo pagano habia exigido, por decirlo así, esta exageración de espiritualismo, la corrupción de costumbres, la sofistería de los herejes, la situación de las clases populares no hicieron menos necesario el nacimiento de otras órdenes religiosas. Habló de los altos ejemplos de virtud, de los notables servicios prestados á las letras y á las ciencias, de los grandes beneficios proporcionados á la sociedad y sobre todo al pueblo bajo. Ser democrata y abrigar preocupaciones contra los frailes es el mayor contrasentido. El sayal que revestia el mas obscuro plebeyo podia conducirle á las mas altas dignidades. Al demostrar que la vida monástica era una necesidad del corazón para ciertas almas escogidas, si no estuvo tan poético y elocuente como Castelar, no dejó de realzar sus razonamientos con bellas y valientes pinceladas. Los conventos, estas islas morales segun la feliz expresión del tribuno republicano, son tan necesarias en el mundo moral como las que habitamos en el físico. En aquellas desean retirarse los que viven oprimidos de misteriosas melancolías, los desengañados de tantas vanidades, los que aman la soledad para dar expansión á levantadas aspiraciones, y la sociedad no puede, no debe negarles estos asilos, so pena de ejercer la mas dura é injustificable tiranía.

Armonía de las clases sociales exigida por la naturaleza y proclamada, sancionada y practicada por el catolicismo. Este es el tema sobre el cual disertará esta noche D. Juan Massanet y Ochando.